

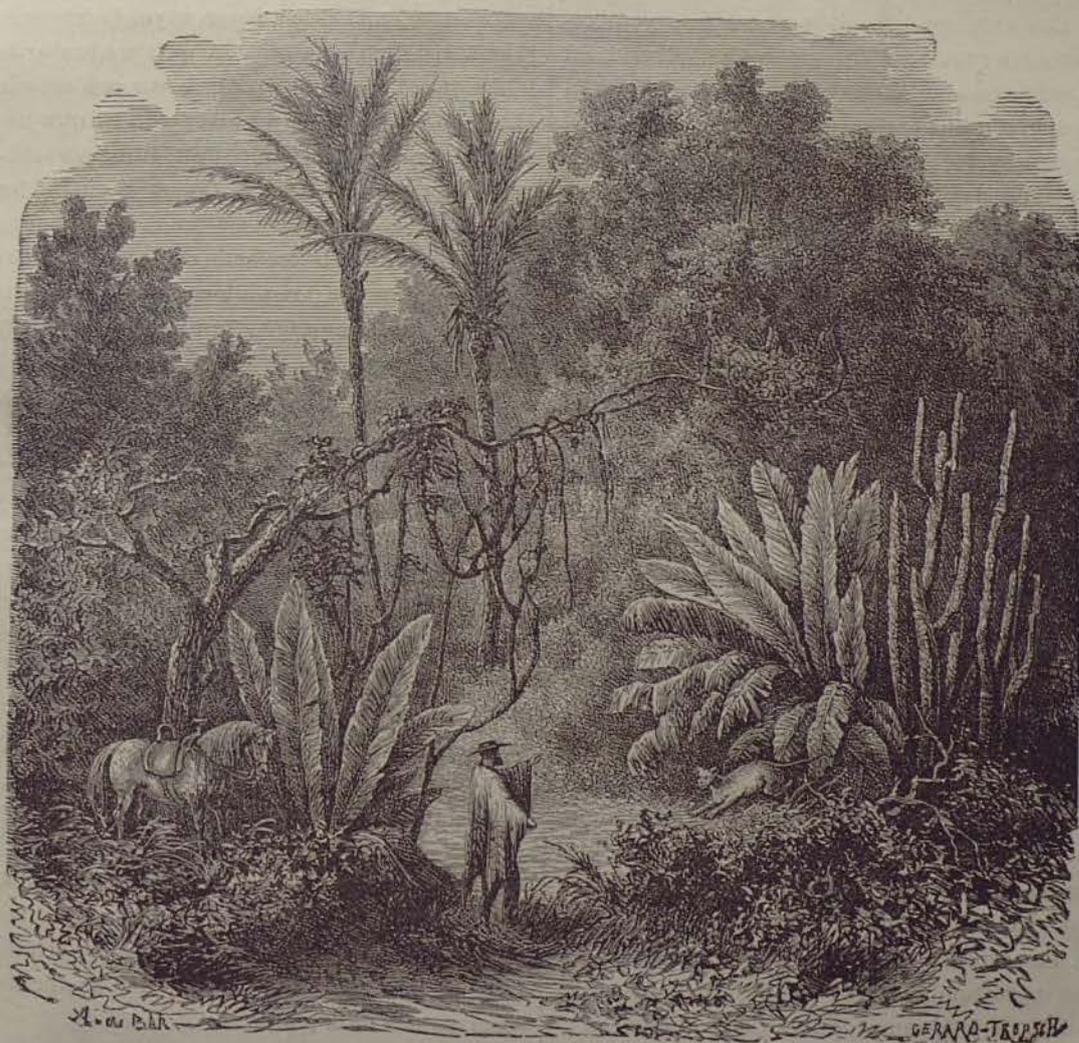
SEMANARIO FAMILIAR PINTOESCO.

SUMARIO: Yucatan. Caza y pesca, por *B. E. Revoil*.—Edgaro Poe y sus obras, por *J. Verne*.—Expedición al centro de la Florida, por *H. de la Blanchere*.—GALERIA DE CELEBRIDADES: Carlos Gounod, por *F. Nacente*.—CIENCIA FAMILIAR: Lluvia y buen tiempo, por *A. Mangin*.—Jardinería de salon. tie-

gos.—SECRETOS DE TOCADOR: Fórmula para que desaparezcan las manchas de la piel.—Ana Severin, por *M. Craven*.—MODAS: Traje de casa y de visita. Traje de paseo.

GRABADOS: Bosque en el Yucatan.—Pumas.—Las Palmitas.—Modas, Traje de casa y de visita. Traje de paseo.

YUCATAN.



CAZA Y PESCA,

por

B. E. REVOIL.

Una cacería por las selvas del Yucatan se parece á una marcha de guerrillas, puesto que se ha de andar oído alerta, ojo avizor, fusil preparado y en disposición de defenderse de los ani-

males carnívoros que divagan día y noche por las sinuosidades del desierto.

Allí los caminos son escabrosos, los rodean grandes precipicios á uno ú otro lado, que tienen

por fondo un abismo; añádese á ello el calor tórrido del sol que abrasa como las llamas de un horno, hace latir las sienas, seca los labios, y se comprenderá lo pronto que se insinue la fiebre, veneno mortal, en las venas hinchadas.

En mi viaje de la laguna de Términos á Mérida en 1847 sufrí mucho calor, lo confieso, pero menos que cualquier otro europeo del Norte, merced á mi origen meridional; apresurándome á decir que el aspecto admirable de la naturaleza me aborrió muchos sufrimientos físicos porque absorbía por completo.

Con asombro imposible de expresar contemplaba las orquídeas incomparables, adheridas á gigantescos árboles, las cuales embalsamaban el espacio con sus perfumes deliciosos; las mariposas de oro y fuego que revoloteaban de flor en flor, las bandadas de papagayos, cuyos estridentes gritos eran lo único que turbaba el silencio de la selva, y por último, el esplendor y vida de aquella vegetación maravillosa.

Los peones que me servían de guía, dependientes de la hacienda del señor Perales, me habían anunciado la presencia de pumas en los bosques que cruzábamos; pero lo que yo temía más que los leones americanos, eran las culebras que suelen tener letal mordedura.

El puma es un animal cobarde por naturaleza, que no ataca al hombre sino impelido por el hambre. Además, se le oye rugir, se le ve llegar y tiene uno tiempo para prepararse á recibirle.

La serpiente de cascabel y el coral, se encuentran, en cambio, el primero por el suelo, y el otro enroscado en una rama de árbol, prontos uno y otro á lanzarse sobre el viajero sin aguardar que se les ataque. La herida que hacen es siempre mortal, á menos de tener á mano las yerbas, llamadas de serpiente, que comunmente crecen en todos los parajes donde viven tales reptiles.

Pero volvamos á los pumas de América, que son de costumbres muy pacíficas, especialmente cuando se han zampado abundante almuerzo.

Contábame uno de los peones, que cierto día, acompañando á la hacienda de su amo á un caballero de Valladolid, había sido testigo de un hecho sin igual en audacia.

El caballero Portal del Roseo iba delante por el sendero de la selva montado en soberbio corcel mas negro que el ébano, cuando de repente el caballo se desvió dando un salto terrible, faltando poco para derribar al hábil jinete.

—El señor Roseo,—prosiguió el criado,—supo

refrenar el corcel y sacó del cinto un ancho cuchillo, á fin de estar á punto de sostener el ataque de donde quiera que viniese. Yo me había parado en el acto, y procuraba impedir que mi mula se encabritase, cuando por entre sus orejas, que me servían de punto de mira, ví á diez pasos delante del caballero un enorme puma que se lamía gastronómicamente los bigotes. Roseo procuró de pronto magnetizar el monstruo; pero fué en vano. Mientras ocurría esto, el corcel, con las orejas erguidas y el pelo erizado, se esforzaba en retroceder; mas la espuela del jinete le hacía permanecer en el sitio á pesar suyo. Entonces el caballero dió un grito, como si quisiera probar al puma que lo mejor que podía hacer era cederle el campo y marcharse á buscar caza en otro paraje. Pero el temible felino, no dándose por convencido, abrió sus anchas fauces y enseñó los dientes.

—¡Hola bribon!—esclamó entonces el señor Roseo;—con que te doy un buen consejo y te haces el insolente conmigo... ¡muy bien! ahora voy á enseñarte á vivir.

Así diciendo bajó del caballo, lo ató al tronco de un árbol, y volvió á ponerse enfrente del puma, con un revolver amartillado.

—Una palabra mas,—reptó:—ves que estoy armado y que tengo tu vida entre mis manos: tengo á mi disposición seis balas. Con la primera te aplasto el ojo derecho, con la segunda te abro el costado, con la tercera te rompo una mano, con la cuarta una pata, con la quinta te rebiento el ojo izquierdo, y con la sexta te atravieso el corazón. Haz el exámen de conciencia, pues: te doy tres minutos de reflexión: la fuga ó la muerte.

El puma no había pestañeado.

—¿No quieres creerme?—añadió Roseo.—Pues bien; voy á probarte mi destreza para que sepas que no te engaño. ¿Ves esa florecita roja junto á tu pata izquierda? pues voy á cortarla por el tallo.

Dicho y hecho; disparó y la flor se inclinó como cortada de la planta.

Al oír la detonación el puma se irguió con los ojos inyectados en sangre, azotóse los ijares con la cola y rugió: luego avanzó un paso como si tuviese la intención de lanzarse sobre el caballero; pero no habiéndose movido este, dió rápidamente media vuelta, y se escapó como un gallina en tanto que Roseo le gritaba:

—¡Buen viaje!

Roseo montó á caballo, que estaba bañado en sudor glacial.

Pensando iba yo en esa historia que me habia contado el peon con su espresivo lenguaje, y avanzaba sin cuidarme de nada, cuando de improviso los dos exploradores de la caravana lanzaron un grito, y retrocedieron corriendo, para venir á participarme que acababan de ver un enorme puma acostado á la orilla del camino, señalándome la direccion que habia tomado al huir.

Eché en seguida plé á tierra y me puse á perseguir la fiera. Atravesando espesas malezas ví, con gran sorpresa mia, á unos sesenta metros de distancia, salir el puma por el extremo opuesto. En pocos saltos cruzó el lecho seco de un rio que cortaba el valle.

Al punto que el corpulento mastín que me acompañaba lo vió, echóse á correr hácia él, tomándolo sin duda por un ciervo, y ladrando con toda la fuerza de sus pulmones.

De pronto un indio que me habia seguido gritó que el puma venia derechamente á nosotros, y no queriendo este indígena esponer la vida, se arrojó á lo mas espeso de una maleza de espinos y bejucos.

Miré yo entonces delante, y en efecto, ví que el puma se me acercaba corriendo y acosado de cerca por el bravo mastín.

La fiera se hallaba apenas á la distancia de treinta metros; preparé la carabina, y disparé sin apuntar.

Tirando en el acto la inútil arma me precipité á las malezas siguiendo en mi insensata fuga el mismo camino que tomara el indio antes que yo. Despues de pasar algunas rocas avancé al infeliz indio, que por haber dado un paso en falso, se habia dislocado un pié y caido á un barranco. Convencido de que el puma herido iba en persecucion nuestra, sentí una alegría feroz considerando que no era yo el último, y por tanto el mas espuesto. Eutre tanto el indio avanzó cojeando y se reunió con dos camaradas suyos á quienes yo habia confiado mi caballo. Cuando nos creímos en seguridad recobramos el ánimo y afirmé á mis compañeros que el puma estaba mal herido, pues en el momento de disparar la carabina, le habia visto alzar vivamente la cabeza.

Tras breves minutos de vacilacion, los peones consintieron en acompañarme para ir á recojer mi carabina, la cual no tardé en encontrar y cargar en seguida. Luego, cuando nos disponíamos á retroceder, quise ver si habria huellas de sangre por el sitio donde yo habia disparado. Ape-

nas recorrimos doce metros cuando con gran asombro mio y con inmensa alegría, ví el puma cadáver en tierra.

La bala habia rozado el vértice de la cabeza sin penetrar en la fiera, abriéndole prolongada herida, mas semejante al corte de un hacha que al golpe de un proyectil.

Media el puma siete piés y seis pulgadas, y era, segun dijeron mis guias, el mas grande que habian visto en su vida. Se apresuraron á desollarlo, y con su admirable piel por trofeo, seguimos el camino sin obstáculos hasta la hacienda del señor Armentero, amigo de Perales, donde me esperaba la mas perfecta acogida y la mas cordial hospitalidad.

El despojo del puma fué muy admirado por el señor Armentero; y como le significase mi deseo de reproducir mi hazaña, prometióme tomar informes para saber si en las cercanías de su hacienda rondaban algunos de dichos carnívoros.

Dos días despues un pastor fué á decirle que habia visto en la pendiente de un barranco un puma que como un gato estaba calentándose al sol.

Al día siguiente, pues, nos apresuramos muy de mañana á limpiar las armas, enmohecidas á consecuencia de una fuerte lluvia que nos habia sorprendido el día anterior á la vuelta de cazar pintadas. (1) Nos confortamos con un buen almuerzo y salimos precedidos de treinta y tres indios, dirigiéndonos al barranco indicado por el pastor de la hacienda.

Pero allí no habia nada, y el señor Armentero fué de parecer que continuásemos la marcha hasta el cañon de Funda.

Para divisar mejor el terreno circundante, mi huésped y yo subimos cada uno á un árbol, y desde allí fusil en mano estábamos prontos á disparar sobre la fiera.

Apenas los ojeadores habian empezado la gritería acostumbrada, cuando vimos con gran contento nuestro un hermoso puma que avanzaba despacio en direccion á nosotros. Habíamos resuelto dejarlo acercar algunos metros mas, pero

(1) La pintada mejicana, muy semejante á las de Europa, es un bocado exquisito. Sirve tambien de guia á los cazadores de pumas, pues su canto anuncia, sin error, la proximidad de alguno de dichos carnívoros, ó de una pantera, ó de un gato montes. Los monos son igualmente preciosos auxiliares, sin olvidar el cuervo y el chorlito real que avisan á veces la aproximacion del puma.

un criado de la hacienda, encaramado como nosotros en la cima de un alto árbol, nos gritó, imaginando que no habíamos visto el puma. Al oír este ruido la fiera se paró, miró en torno suyo y luego se lanzó en dirección opuesta.

Nosotros dos disparamos la carabina, y los rugidos del animal nos indicaron que lo habíamos tocado; pero desapareció en la espesura antes que hubiésemos podido dispararle otra vez.

La noche se nos venía encima, pero íbamos siguiendo el herido por el rastro de sangre que dejaba en el suelo.

Al salir del bosque desapareció toda huella. De pronto, cuando examinábamos minuciosamente el terreno, un rugido formidable que salió de un bosquecito de la derecha nos dejó petrificados.

Armentero se detuvo hallándose á unos treinta metros de mí y estando ojo avizor. Al propio instante se oyó otro rugido, y el puma se precipitó en mi dirección, dejándome apenas tiempo para descargarle los dos tiros de mi carabina en mitad del pecho.

Las balas ó el humo rechazaron al carnívoro, que se tiró á un lado, lanzándose entonces en dirección de Armentero, sobre quien se precipitó, antes que mi amigo tuviese tiempo de tirar.

Ví entonces al desgraciado amigo derribado bajo el puma que mahullaba de una manera espantosa. Debo hacer justicia á los indios que nos acompañaban: en vez de huir, corrieron á presentarme fusiles cargados. Apunté y envié dos balas al dorso del puma; pero sus heridas no le hicieron soltar la presa que tenía, y comenzó á arrastrar á Armentero por el hombro izquierdo, por donde lo había cogido con los dientes.

Imposible era tirar sin riesgo de herir al hombre teniendo la cara junto á la cabeza de la fiera. Sin embargo, yo seguía al puma á ocho pasos de distancia esperando que alzara la cerviz; y por fin, despues de dos ó tres tentativas inútiles, pude tirar.

La bala rompió la base del cráneo del animal, que rodó muerto por encima del pobre Armentero.

Mi huésped estaba en mal estado, aunque con la fortuna de no haber recibido lesión grave en ninguna parte vital. Los indios se apresuraron á formar unas angarillas, en las que pusieron al herido, que llevaba por almohada el cadáver de la fiera, y en seguida nos pusimos en marcha hácia la hacienda.

Por la alameda de plátanos y bananos que daba á la puerta principal de entrada, vimos salir

corriendo á dos mujeres con el vestido en desorden y el cabello suelto, dando gritos capaces de partir el alma.

Eran la esposa del señor Armentero y su hija, á quienes un peon algo celoso había ido á participar el triste suceso, interpretado por él de la manera mas siniestra.

Fuéme de pronto imposible hacer entrar en razon á doña Olivia y á su niña Margarita, encantadora jóven de 16 abriles. Por último, poco á poco, y vuelto en sí el señor Armentero, que se desmayó durante la marcha, pudo esplicarse, encargándose por sí mismo de tranquilizar á su digna mitad y á la amable Margarita, de tal modo, que al pasar por el pórtico de la hacienda aquellos hermosos ojos se habían secado.

Por espacio de ocho días permaneció el señor Armentero en la cama cubierto de cataplasmas de agua salada y plantas aromáticas, muy semejantes al árnica, hasta que se restableció y pudo dejar la cama.

Quiso montar en seguida á caballo para probar sus fuerzas; pero es ocioso advertir que nos opusimos á semejante locura, y todo lo que se permitió al dueño de Buenas Yervas fué dar un paseo en la *volanta* con la condicion de que iria al paso.

En fin, al cabo de otra semana el convalesciente se encontró enteramente restablecido.

El puma, que en tal mal estado pusiera á mi pobre amigo, había sido desollado, y su piel, admirablemente secada, formó parte de mi equipaje el día que me despedí de aquella amable familia.

(Se concluirá.)

EDGARDO POE Y SUS OBRAS.

POR

JULIO VERNE.

(Continuación.)

AVISO.

«Se ha encontrado en el bosque de Boloña, á primera hora de la mañana del... del corriente, (era la mañana del asesinato) un enorme orangután, salvaje, de la especie de Borneo. Su propietario (que se sabe es un marino perteneciente á la tripulación de un buque maltés) puede recobrar el animal, despues de dar satisfactoriamente las señas, y reembolsar algunos gastos á la persona que lo ha cogido y guardado. Darán razon en la

calle de... núm... arrabal de San German, piso tercero.»

Dupin había deducido la calidad de maltés de un cabo de cinta recogido al pié de la cadena del pararrayos, enlazado con un nudo particular á los marinos de Malta.

En cuanto al individuo, personalmente su voz y sus palabras lo designaban como francés, al decir de todos los testigos.

Seducido por el anuncio, que no denotaba ninguna conexión entre la fuga del orangutan y el crimen, no tardaría en presentarse su amo dentro de poco.

Con efecto, se presentó: era un marino, «alto, robusto y vigoroso, con una espresion de audacia de todos los demonios.» Despues de algunas vacilaciones, lo confesó todo.

El mono se había escapado de su casa arrancándole la navaja de afeitar en el momento en que él iba á rasurarse. Aterrado el marino había corrido en pos del animal, que tras una carrera fantástica llegó á la calle de Morgue, encontró la cadena del pararrayos, y se encaramó con la ligereza propia de un mono.

Su amo le seguía de cerca: el animal, encontró una ventana abierta, se precipitó por ella y entró en la habitacion de las desgraciadas señoras.

Lo demás ya lo sabemos: el marino asistió al drama sin poderse oponer, llamando y gritando; luego, perdiendo la cabeza, huyó horrorizado, seguido por el animal, que cerrando la ventana de un pantapié, conforme queda dicho, se deslizó hasta la calle, y desapareció á su vez.

Hé aquí tan extraña historia y su verídica esplicacion. Se ven las maravillosas cualidades del autor puestas de relieve, y tienen tal aire de verdad, que á veces se figura uno estar leyendo un acta de acusacion tomada por entero de la *Gaceta de los Tribunales*.

CAPÍTULO II.

La carta robada.—Apuros y confusion de un jefe de policia.—Medio de ganar siempre al juego de pares y nones.—Victoriano Sardou.—*El escarabajo de oro.*—El cráneo del muerto.—Asombrosa lectura de un documento indescifrable.

No debía Edgardo Poe abandonar ya el tipo curioso de Augusto Dupin, el hombre de las profundas deducciones. Volvemos á encontrarlo en la *Carta robada*.

Sencilísima es la historia: un ministro sus-

trajo á un personaje político una carta que comprometia á este. El ministro D*** podía hacer mal uso de este documento, y era preciso quitárselo á toda costa.

El jefe director de policia es el encargado de tan delicada mision.

Se sabe que la carta continúa en poder del ministro D***, cuyo palacio han escudriñado durante su ausencia varias veces los agentes de policia, no dejando nada por remover, registrando cuarto por cuarto, sala por sala, examinando los muebles de cada aposento, abriendo todos los cajones, todos los *secretos*, sondeando los asientos y sillas con largas agujas, quitando la tapa de las mesas, desmontando las piezas de las camas, interrogando las menores junturas, revolviendo los pliegues de las cortinas, las colgaduras, las alfombras, las tablillas de los espejos.

En fin, la totalidad de la superficie de la casa se dividió en compartimientos numerados; cada pulgada cuadrada fué pasada en revista por el microscopio, y la quincuagesima parte de línea no pudo escapar á este riguroso y detallado exámen, ni en la casa del ministro, ni en las adyacentes.

Para el caso en que el ministro D*** llevase consigo aquella carta comprometedora, el jefe de policia lo había hecho detener y robar dos veces por fingidos ladrones.

Nada había podido saber de la carta.

Desalentado el jefe pasa á ver á Dupin, y le refiere el anómalo apuro en que se encuentra. Dupin le aconseja que continúe las pesquisas; mas al cabo de un mes vuelve el jefe de policia á visitar á Dupin manifestándole que tampoco ha sido afortunado.

—«De buena gana daría diez mil duros,—dice,—al que me sacara del atolladero.

—«En tal caso,—replicó Dupin abriendo un cajon y sacando un libro de pólizas,—puede usted estenderme un vale de esa cantidad. Cuando lo haya usted firmado le entregaré la carta.

Y entregó el precioso documento al jefe de policia con gran asombro de este funcionario que salió á escape.

Una vez fuera este señor, Dupin manifiesta á Poe de que manera se había apoderado de la carta; y para demostrarle que los medios que debían emplearse habían de variar segun la persona con quien se trataba, le contó lo siguiente:

«Conocí yo á un niño de ocho años cuya infalibilidad en el juego de pares y nones causaba la

admiracion universal. Tenia un modo de adivinar que consistia en la mera observacion, en la apreciacion de la astucia de sus adversarios.

«Supongamos que su adversario era un solemnne zopenco y que al levantar la mano le pregunta: ¿Pares ó nones?

»Nuestro chiquillo responde: nones, y ha perdido.

»Pero á la segunda vez gana porque se ha dicho para su sayo: El tonto ha puesto pares la primera vez y toda su astucia no alcanza mas que á poner nones á la segunda. Diré, pues, nones.— Dice nones, y gana.

»Pero con un adversario algo menos sencillo, raciocinará de esta manera: Este chico ve que he dicho nones, y al segundo juego se propondrá una simple variacion de pares á nones como lo ha hecho el primer tonto; pero una segunda reflexion le advertirá que ese cambio es harto sencillo, y finalmente se decidirá á poner pares como la primera vez. Por lo tanto diré pares.

»Dice: pares, y gana.»

Partiendo de ese principio, Dupin comienza por enterarse del carácter del ministro D***, y sabe que es á la vez poeta y matemático.

«Como poeta y matemático, se dice, ha tenido que juzgar con exactitud: como simple matemático no habria razonado, y se habria entregado de piés y manos en poder del jefe de policia.»

Eso es muy profundo, estimados lectores; el matemático se habria ingeniado en inventar un escondrijo para *esconder* la carta; pero el poeta debia proceder de otra manera y atenerse á la sencillez: su imaginacion le dice que se busca lo que está escondido; pero no se busca lo que no se esconde.

No cabe duda, hay objetos que escapan á la vista por el hecho mismo de su excesiva evidencia. Por esto sucede que en los mapas las palabras de caracteres grandes que van de una á otra parte del plano, son mucho menos leidos que los nombres escritos en caracteres finos y casi imperceptibles.

D***, pues, imaginacion vivísima y razonadora, debia pretender desorientar á los agentes de policia por la sencillez misma de sus combinaciones.

Así lo comprendió Dupin; conocia á D***, tenia un facsimil de la carta en cuestion; pasó al palacio del ministro, y lo primero que vió en su despacho fué aquella inhallable carta puesta perfectamente en evidencia.

Habia comprendido el poeta que el mejor medio de sustraerla á todos los registros era no ocultarla.

Dupin se apoderó fácilmente de la carta, sustituyéndola con el facsimil, y estaba jugada la partida.

Allí donde se habian estrellado los buscadores de oficio, un mero razonador habia vencido y sin gran trabajo.

Gracioso y llena de interés es esa novelita, de la cual Victoriano Sardou ha sacado una comedia deliciosa, *las Patas de mosca*, que tuvo extraordinario éxito en el teatro del Gimnasio.

(Se continuará.)

EXPEDICION AL CENTRO DE LA FLORIDA.

EL OKICHOBÍ.

POR

H. DE LA BLANCHERE.

(Continuacion.)

CAPÍTULO V.

SAN AGUSTIN.

Este pequeño pueblo fué en otro tiempo la capital de la Florida, así como hoy lo es del condado de San Juan, perteneciente á los Estados- Unidos. Data de 1565, época en que los españoles comprendieron que les convenia instalar definitivamente una colonia en aquel magnífico país.

Fundó la ciudad de San Agustin Mendez de Avila que entró en negociaciones con los indígenas, consiguiendo todas las tierras de la costa Oriental hasta el rio de San Juan.

No permaneció mucho tiempo en paz la nueva fundacion; porque habiéndose instalado los ingleses en la Virginia, la Carolina y el Massachusetts, pronto promovieron guerra á sus vecinos; en 1588 el almirante Drake pegó fuego á la ciudad. ¡Contaba veinte años de existencia! y desde aquel día sus desgracias, por decirlo así, no conocieron término. Tomada y vuelta á recobrar, saqueada cada siglo, si vive todavía es por un prodigio de constancia.

Apoderáronse de ella en 1665 los filibusteros ó piratas franceses; en 1712 la sitiaron los ingleses, y por último en 1763 fué cedida á la Gran Breta-

ña. Pero ¡ah! no había de ser larga la tregua que gozara: diez y ocho años despues fué tomada por los españoles que la conservaron hasta 1821, época en que vendieron toda la Florida á los norteamericanos. (1)

San Agustín, la poblacion mas importante de la Florida oriental, no se alza á orillas del San Juan.

Al día siguiente por la mañana, la *Confianza* emprendió de nuevo la ruta; y despues de recorrer unas treinta millas, fué á echar el ancla enfrente de la *Picolata*, lugarejo situado á la orilla izquierda del rio y punto á donde llega la carretera de la capital. ¡Qué carretera! Un camino lleno de baches y barrizales, destrozado por las pesadas ruedas de las carretas tiradas por bueyes, y trazado al borde de terrenos pantanosos y de cipresales.

Dejó don Julian la goleta al cuidado del contra-maestre, y alquilando un carruaje en el lugarejo, se fué con su amigo Segris, el mestizo y Minecava, á elegir los caballos que necesitaban para el viaje por el interior.

De todos los criados de su casa el señor del Meril no se había llevado más que un negro llamado *Estigia*, que era su hermano de leche.

De fuerza y estatura colosales, ese negro era para su hermano don Julian la abnegacion en persona.

Sin embargo, *Estigia* se quedó en la nave, por que en su calidad de negro, los indios y los mestizos no lo miraban con muy buenos ojos, considerándole como una criatura muy inferior á ellos.

Era aquella la primera vez que Julian iba á encontrarse con una muestra de las selvas de la Florida, y á la par con un ejemplo de las dificultades que mas adelante se le presentarian en el interior del país.

El camino desigual donde la carreta de *Picolata* traqueteaba á los dos amigos, se internaba á poca distancia del rio por un elevado y claro bosque de plátanos y robles de diferentes especies, y bajo los cuales se gallardeaban las magníficas cimas de altas palmeras de cogollo, tan renombradas en aquella tierra.

Don Julian mandó parar el vehículo y quiso acercarse á algunos de aquellos árboles gigantes; pero á los primeros pasos hubo de vencerse á que si atravesar un bosque floridense

es poca cosa, es tarea algo mas ardua atravesar la maleza que invade todos los claros.

Desde el primer momento se vió detenido por una intrincada espesura de palmitas, pequeñas palmas de hoja dentada, espinosa y cortante, cuyo tallo está completamente cuajado de espinas, y el todo atado, enredado, reunido con miles de bejucos, glicinas y yerbas de hoja afilada.

Ese conjunto se alzaba solamente hasta cuatro ó cinco metros: por encima se elevaban hasta treinta ó mas los grandes árboles; pero se habría tenido que emplear la segur ó el fuego para abrirse paso por entre la maleza.

Tales son los bosques de la parte sólida de la Florida. ¡Qué serán las selvas de los terrenos pantanosos y de los aguazales?

En saliendo del bosque, la carretera pasa al vado un riachuelo que va á desaguar en la laguna de San Agustín, y luego cruza una llanura arenosa y erial.

Ocupóse el día en escojer cinco caballos, que al fin fué preciso ir á comprar á un *patio* muy distante de la ciudad; pero en aquella tierra la raza de caballos buenos y hermosos de casta andaluza se ha multiplicado y aclimatado tan perfectamente, que á no ser las distancias, en pocos minutos habrían podido lograr su intento don Julian y los suyos.

De todos modos, aquella misma tarde Tobias devolvía el carruaje, y Minecava y nuestros dos amigos regresaban montados en sus propias calbagaduras provistas de sillas y bridones, que son los arneses mas usados en el país, donde la falta de caminos carreteros hace de todos los habitantes intrépidos ginetes.

Tenia que hacerse el embarque de esas cabaillerías; antes de salir de Nueva Orleans, Segris, advertido por su amigo, había mandado instalar cuadras cerradas, sobre cubierta de la nave, y así pudieron acomodarse facilmente los caballos en sus moradas provisionales.

Al día siguiente la *Confianza* volvía á emprender su derrotero subiendo el curso del San Juan.

CAPÍTULO VI.

HUENA VISTA.

En saliendo de *Picolata* la corriente del rio se estrecha un poco, á la vez que aumenta la rapidez de las aguas.

(1) Fué en 1819. (Nota del T.)

La nave entra entonces en las inmensas selvas de cipreses; á derecha é izquierda, mas allá de donde alcanza la vista, se extienden soledades apenas recorridas unicamente por algunos aventureros, y de vez en cuando, á distancias enormes, pasa por delante de algun fuerte abandonado ó todavía guardado por pequeño piquete de tropa.

Se encuentran además algunas casas de postas, aisladas, algunos lugarejos, algunos terrenos cultivados; pero todo ello tan diseminado, que los bosques inhabitados reposan en medio del eterno silencio de la selva virgen; silencio solemne y lleno de ruidos estraños, confusos, especie de murmurio incomprensible de la naturaleza viviente.



Las Palmitas.

Acercábase la embarcacion á Pitalca.

Es una aldehuela que se ostenta á la orilla izquierda del San Juan, casi en el paraje donde el lago Duns se junta con el río.

Pero lo que interesaba á don Julian del Meril era que cerca de Pitalca, á la orilla opuesta del San Juan, se alzaba Buena Vista, la plantacion de un antiguo amigo de su padre, el señor don Cristóbal Matanza y Rorente.

Tan luego como supo la clase de desafio aceptado por Julian, le remitió á Jacksonville una carta sumamente afectuosa, recordándole que no solo era íntimo amigo de su padre, sino tambien algo pariente; y que, por lo tanto, el jóven español, no

podia menos de ir, antes de arrostrar la muerte, á despedirse de su primo.

Don Julian prometió ir. Recuerda vagamente que cuando niño habia visto á don Cristóbal en casa de su padre, y con él á una hermosa mujer y una niña de cortos años. Esta era su prima.

Buena Vista se ostenta sobre una colina elevada, coronada por una meseta asaz vasta para contener los edificios y las huertas y jardines.

El conjunto está cercado por muros almenados, circuidos de grandes fosos llenos de agua, dando paso al recinto un sólido puente levadizo.

Esta fortificacion salvó á sus habitantes cuando la guerra de los indios, que no pudieron hacerse

dueños de ella por mucho que lo intentaron varias veces.

La posición de este dominio es especialmente inespugnable, porque en esta colina se encuentran fuentes naturales que brotan dentro del recinto, fuentes que alimentan los huertos, los animales, y han sido indudablemente causa de que desde la conquista española, haya sido esta admirable fortaleza escogida por la familia cuyos descendientes la habitan todavía.

Todo el recinto, junto á los muros, está adornado de un plantío de enormes naranjos seculares, y la altura que domina por la parte occidental el río San Juan, está poblado de elevados cedros.

Es aquel uno de los sitios mas maravillosos que pueda imaginarse, para una casa de campo.

La llegada de la *Confianza* enfrente de Pitalca fué señalada inmediatamente en Buena Vista.

Pronto salió por el puente levadizo una comi-



Pumas.

tiva á cuyo frente iba el anciano criollo español, montando un magnífico corcel, seguido de los demás criados y dependientes con el objeto de buscar y recibir á su huésped y pariente don Julian.

No podía ser mas cordial la recepción, y el animoso jóven se vió abrazado con afecto sincero, y cumplimentado no teniendo mas que el tiempo preciso para montar á caballo y seguir al lado de don Cristóbal.

Segris no pudo quedarse en la nave; tuvo que seguir también montado á caballo y formar parte de la cabalgata.

Julian y Segris bajaron al pié de la escalinata en el patio principal.

Entonces don Cristóbal tomando al jóven del Meril por la mano, le dijo:

—Querido primo, bien venido seas á mi pobre casa!

Pobre casa, y era la mas hermosa vivienda del país. Pero tal era la fórmula tradicional.

—Ten la bondad,—prosiguió el anciano,—de subir y te presentaré á mi hija, la señora ¡ay de mí de la morada.

—Estoy á la disposición de usted don Cristóbal,—contestó el jóven con cariñosa cortesía.

Subieron en seguida á un locutorio ó salon de confianza, como diríamos aquí, donde el anciano, dirigiéndose á su hija, repuso:

—Amada Fernandina, tengo el gusto de pre-

sentarte á don Julian del Meril, á quien te ruego hagas los honores de la casa de tu padre, pues yo tengo que salir á la hacienda.

—Primo mío,—dijo la jóven;—bien venido seas á Buena Vista...

—Señorita... prima mia... siento un placer inesplicable...

Don Cristóbal tomó de la mano á Segrís, é hizo á su vez la presentacion de él á la jóven, y acto continuo salió del locutorio.

La señorita Fernandina se hallaba muellamente recostada en una hamaca bastante baja, en medio del salon, atestado de muebles de todo género.

Por encima de la hamaca agitaba una jóven negra un ancho abanico de plumas y hojas secas, engalanado con cintas y bordados.

La jóven criolla se levantó un poco y tendió con cordial alegría la diminuta mano á los recién venidos...

El primer deber de una ama de casa en este país, consiste en mandar traer para los visitantes frutas y bebidas heladas, y la jóven no se olvidó de cumplirlo.

Pidió que dispensasen á su padre, pues había tenido que ir á apaciguar una contienda ocurrida en el campo entre los negros; luego la conversacion se empeñó haciéndose cada vez mas franca é íntima entre los dos jóvenes.

En aquel desierto país la hospitalidad no se concede por un dia solo ó por algunas horas; además un lazo de amistad y parentesco unía á las dos familias españolas, de suerte que el tiempo volaba con vertiginosa rapidez en largas conversaciones, especialmente entre los dos primos.

Fernandina y Julian se hacian cada vez mas íntimos amigos, simpatizaban mas y mas por momentos.

Ella no se acordaba de la visita que hiciera en Nueva Orleans, y él tambien parecia haberse olvidado de la hechicera prima, escepto cuando lloraba en brazos de su nodriza negra, de una manera capaz de conmover las entrañas. De modo que era preciso que una y otra vez se repitiesen mutuamente los detalles de aquella remota entrevista, que daba pretexto para suscitar otros detalles acaso mas interesantes para entrambos.

(Se continuará.)

GALERIA DE CELEBRIDADES.

CÁRLOS GOUNOD.

APUNTES BIOGRÁFICOS

RECOGIDOS

POR

FRANCISCO NACENTE.

(Continuacion.)

El director del teatro de la Puerta de San Martin tuvo la idea de pergeñar un dramon sobre el poema de Goette, en el mismo momento en que el señor Carvalho iba á poner en ensayo la ópera de Gounod; con este motivo dijo Carvalho á este:

—Amigo mío, no puedo dar la ópera de usted.

—¿Pero qué tiene que ver lo uno con lo otro?—

—Mucho.

—El público que oye los dramas del arrabal no va á escuchar las óperas.

—No importa,—replicó Carvalho;—no puedo dar un *Fausto*, mientras se presente otro en el teatro de la Puerta de San Martin.

Con la calentura de la ansiedad y la partitura del *Fausto* bajo el brazo, corrió Gounod á llamar á las puertas del teatro de la Ópera.

Pero el señor Royer, que era á la sazón el director del gran teatro, le hizo las mismas objeciones que el director del teatro Lírico, y el compositor, descorazonado y triste se volvió á su casa para meditar sobre las tribulaciones de su gloriosa profesion.

Despues de ocho dias de meditar con el corazon desgarrado y el cerebro enardecido, el compositor volvió á ver al señor Carvalho, el que persistió en la decision de no representar el *Fausto*.

No obstante, y por vía de consuelo, propuso á Gounod que le pusiera en música una comedia de Moliere, proposicion que fué aceptada, y cinco meses despues *El Médico á Palos* estaba completamente terminada.

Esta obra se dió el 15 de Enero de 1858, aniversario del nacimiento de Moliere, y alcanzó un éxito decisivo desde la primera representacion. Es una partitura graciosa, distinguida por todos conceptos, humorística y picaresca como el libreto que la inspiró.

El editor Colombier compró el derecho de publicar la partitura por la exigua suma de cuatro mil francos.

De todos modos, *El Médico á Palos* fué el

primer triunfo de Gounod, aunque tambien la época de un doloroso suceso que habia de llenar de amargura el corazon del artista: su madre, que entró en la agonía el día primero del ensayo del nuevo trabajo, falleció al siguiente.

El dramon del teatro de la Puesta de San Martin se fué á pique desde las primeras representaciones, á pesar de la gran riqueza y variedad de trajes y el ostentoso aparato escénico.

El señor Carvalho ya no tuvo reparos que oponer, y admitió la famosa partitura del *Fausto*, pudiendo por fin merecer esta gran obra los honores de la representacion.

Respecto á su impresion, trascurrió cerca de un mes sin que ningun editor se ofreciera á publicar aquella obra magistral, aquella admirable música.

Por fin, merced á la intervencion de un colega de Gounod, el editor Choudens entró en tratos con los autores del *Fausto*; y la ópera se vendió para Francia y Bélgica, mediante la modesta suma de diez mil francos.

Sin embargo, el inteligente editor que tan bien ha sabido explotar el filon de oro que le presentaban, no ha manifestado gran admiracion por *Fausto*, si hemos de juzgar por una intencionada anécdota que nos revela el mismo Gounod.

«Cuando los hijos de Choudens,—dice el compositor,—no se portaban bien, los castigaba con llevarlos á ver el *Fausto*.»

Lo que no pasaría de ser una broma del editor.

A petición del director del teatro de Baden, señor Benazet, Gounod compuso una ópera en dos actos titulada *Filemon y Baucis*.

Pero á ruegos de Carvalho, el compositor obtuvo el cambio de esta ópera con otra en dos actos, titulada *La Paloma*, que remitió al señor Benazet.

En su consecuencia, *Filemon y Baucis* se representó en el teatro Lírico, y la señora Carvalho desempeñó en ella admirablemente el papel de Baucis.

Mas á pesar de esa preciosa colaboracion, y del mérito incontestable de la música, *Filemon y Baucis* no pudo sostenerse en la escena.

Quizás algun día merezca mayor número de representaciones esa fresca é ingeniosa partitura, sucediendo lo propio que con la de *Romeo y Julieta*, y *Mirville*, que con *Fausto* son las mas admirables joyas de Gounod.

(Se continuará.)

CIENCIA FAMILIAR.

LLUVIA Y BUEN TIEMPO.

POR

ARTURO MANGIN.

(Continuacion.)

Ya usted ve, pues, como el sol es el agente principal y casi único de dichos fenómenos. Pronto veremos su omnipotente intervencion en los movimientos del aire, y hallaremos plenamente justificada la feliz espresion del señor Babinet, que llama al sol «el gran agitador de las masas aéreas,» comprendiendo que en nuestro globo, como probablemente en los demás planetas de su sistema, es el sol el que «forma la lluvia ó da el buen tiempo.»

—¡Oh! por algo debe entrar en ello la luna.

—No tardaremos mucho en examinar esa cuestion, y puede usted prepararse, señora, á ver desvanecidas muchas ilusiones que acaso tenga acerca de la luna.

—¡Cómo!

—Sí, señora, quitaremos á la amable Feba muchos de los méritos que se le atribuyen; pero al quitárselos tendremos que disculparla de muchas malas obras é influencias que injustamente se le echan en cara.

Mas no nos anticipemos y volvamos á la humedad del aire.

—Con mucho gusto.

—Casi no necesito esplicarle lo que debe entenderse en este sentido. El aire es húmedo cuando está muy próximo á su punto de saturacion, y cuando está muy lejano se dice que es seco.

El aire está saturado á 0 grados, con 5 centígramos por litro; á 10 grados, con 9 centígramos; á 20 grados, con 18 centígramos; á 30 grados, con 33 centígramos; á 40 grados, con 58 centígramos. Para medir el grado de saturacion de la atmósfera de un sitio cualquiera, se echa mano de los instrumentos llamados *higrómetros* ó *psicrómetros*.

El higrómetro, el termómetro y el barómetro son los instrumentos mas indispensables para las observaciones meteorológicas ordinarias. Para las observaciones mas completas y científicas se emplea además el *anemómetro*, que sirve para medir la velocidad del viento; el *pluviómetro*, que se usa para medir la cantidad de lluvia que ha caído en un lugar y tiempo dados. En ciertos ca-

sos se debe consultar tambien el electrómetro, el magnetómetro, la brújula de inclinacion y la brújula de declinacion. Pero no tratándose aquí mas que de observaciones elementales á las que puede uno entregarse sin necesidad de salir de este salon, no necesitaremos la mayor parte de esos instrumentos.

—Me parece, sin embargo, que se ha olvidado usted de uno de los instrumentos de observacion ordinaria que si yo no me engaño tiene señalada importancia.

—¿Cuál señora?

—La veleta de los vientos. Mi marido, que no era un ignorante y se ocupaba algo de los fenómenos de la atmósfera, sabia decirme por la mañana, guiándose por la direccion del viento, el tiempo que haría hasta acabarse el dia, y rara vez se equivocaba.

—Es muy cierto señora, que la direccion del viento, es con la elevacion del mercurio en el barómetro, uno de los mejores señales del tiempo cercano. Pero las veletas, á pesar de su reputacion proverbial, distan mucho de tener siempre la movilidad necesaria para indicar á cada instante con exactitud dicha direccion, que además, puede modificarse en virtud de obstáculos circundantes.

Por otra parte, la corriente aérea que obra en las veletas, aun cuando se ostenten estas en la mas elevada cumbre de los edificios altos, no deja de ser una corriente superficial. Con mucha frecuencia hay á mayores alturas otras corrientes de las que generalmente dependen el tiempo bueno ó malo.

De consiguiente, el observador debe mirar mas arriba que á la cúpula del edificio de su vecino, aunque sea mas alto que el campanario de su iglesia, y una vez se haya orientado perfectamente, debe examinar con preferencia la marcha de las nubes.

—¿Y cuando no hay nubes?

—Entonces á falta de mejor guía, se consulta la veleta, ó mejor dicho, el humo que sale por las chimeneas del vecindario.

—Tomaré nota de esos datos; pero deseo con impaciencia saber como es que el viento ejerce en el tiempo tan notoria influencia.

—Puede decirse, señora, que el viento y el tiempo son una misma cosa. Sabemos ya que los cambios de temperatura determinan alternativamente la formacion y precipitacion de los vapores. Si la atmósfera se hallase siempre en igual

estado de calor ó de frio en todas sus partes, conservaria tambien siempre la misma humedad; quedaria saturada de vapores de una vez para siempre, y su estado higromético no variaria mas ni se formarían otros vapores. Los que se produjeran artificialmente se condensarian al instante en el mismo sitio, sin poder acumularse en masas grandes y suficientes para dar origen á las nubes, las neblinas, la lluvia.

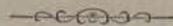
Tampoco habria vientos en tal caso, porque el viento se debe tan solo á las desigualdades y cambios de la temperatura en la superficie del globo. Un eminente físico, el profesor Jamin, ha dicho en un artículo de la *Revista de Ambos Mundos*, que «si la atmósfera fuese inmóvil, estando como adherida al suelo, estaria siempre saturada sobre el mar, donde llovería á cada enfriamiento, y estaria seca siempre encima de los continentes, que no conocerían la lluvia.»

Pero, admitiendo esa hipótesis, entonces no habria enfriamientos, ó de lo contrario, el viento soplaría, puesto que este es consecuencia lógica y fatal de aquellos.

Todo cambio, toda desigualdad de temperatura en una region cualquiera, se traduce por una dilatacion ó por una contraccion del aire en ella; el equilibrio así roto tiende inmediatamente á restablecerse, y esto sucede por desalojamiento del aire, es decir, por el viento que en resumen no es otra cosa que el movimiento.

Siendo el aire un cuerpo inerte no se mueve espontáneamente, sino que es preciso para moverlo la intervencion de una causa física ó mecánica. Esta causa, lo repito, es el calor.

(Se continuará.)



JARDINERÍA DE SALON.

(Continuacion.)

SEGUNDA PARTE.

En la segunda parte consideramos la jardinería bajo todos los aspectos que pueda ofrecer en el balcon, en la ventana, en la azotea, convertida, aunque no sea grande, en un jardin de veras, donde puedan admirarse bellas flores todo el año, en menor número por supuesto, pero tan variadas y lozanas como en el mas vasto y cultivado jardin.

Algunas casas de nueva construccion, ó refor-

madras á la moderna, de algunas ciudades del Norte de España, tienen ventanas de doble vidriera, cuyo alfeizar ó poyata está entre los cristales.

Para esas ventanas, pues, que son muy cómodas en países fríos, hablaremos de las plantas y flores que allí puedan crecer como dentro de un invernadero en miniatura, de manera que á la vez adornen la sala ó departamento á que den luz.

En los climas mas templados ó cálidos podrán escogerse las mismas flores para ponerlas en cualquier alfeizar descubierto, á bien que en tales países son infinitas las plantas que pueden hermostear una ventana, y la dificultad á lo sumo consistirá en escoger.

Ahora reflexiona, discreta lectora, las maravillas que podrás realizar en la jardinería doméstica, si tienes á tu disposición una azotea vasta ó un terrado que puedas destinar á jardín.

Entonces no nos concretaremos á flores y plantas de adorno, sino que plantaremos un completo vergel con sus árboles y arbustos frutales, plantas de lujo y provecho.

Cuán sabrosa te parecerá la dorada uva que despues de haberla cuidado con tus delicadas manos veas sazónada y madurita!

Cuántas fresas mas brillantes que escarlata regalarán tu paladar y olfato con su grato sabor y suavísimo perfume!

¿Y las cerezas, ciruelas, albérchigos, melocotones y otras frutas que produzca tu vergel?

Qué satisfacción y que orgullo cuando digas: «Dentro ocho días voy á vendimiár, ó á cosechar dos docenas de albaricoques, cuatro nísperos americanos, un plato de frambuesas, otro de grosellas, etc., etc.»

¿No te van entrando ganas todavía de ser una graciosa jardinera de salón?

RIEGOS.

No carece, como se ve, de extensión la tarea que nos hemos propuesto.

Para cultivar con buen éxito las plantas de adorno en el salón, es preciso tener algun conocimiento de sus necesidades y de sus enemigos, de las primeras para satisfacerlas y de los segundos para preservarlas de ellos.

Las plantas confinadas á locales habitados, necesitan tierra adecuada á su temperamento, la cual es muy fácil procurársela conforme te indicaremos.

También se ha de conocer la manera de regar-

las, pues mientras unas reclaman rara vez agua y aun esta con prudencia, otras la quieren mas amenudo y en abundancia; pero siempre estas y aquellas, agua de igual temperatura que la tierra en que viven sus raíces.

El agua fria para una planta que vive en una atmósfera caliente, solo puede helarla y perderla, así como el agua caliente para la planta que está en tierra fria no puede hacer mas que agostarla.

Punto es ese de mas importancia que lo que á primera vista parece, y que desconocen por completo muchas señoras que cultivan flores en macetas dentro de las habitaciones.

No sigas su ejemplo, lectora mía, no lo sigas.

Supongamos, y no es suposición ofensiva; supongamos, repito, que eres friolera, que no tienes temperamento para arrostrar el rigor del frio. ¿No es verdad que encuentras grato, deleitoso y á la vez sano y bueno, disfrutar un ambiente templado en tu morada, cuando el frio aprieta fuera de tu casa?

Pues algo parecido puede suceder con algunas plantas delicadas.

Ya que hemos entrado en el terreno de las suposiciones, supongamos también que tienes en tus salones una hermosa planta camelia que te promete para el mes de enero una espléndida florescencia, á juzgar por la profusión de capullos de que está cargada.

Te han recomendado, y no olvidas la recomendación, que debes regarla mañana y tarde.

¿Mas como la riegas?

Esta es la cuestión.

Te vas al comedor á buscar la botella del agua, que por casualidad hallas vacía, y mandas á tu sirvienta á que la llene de la fuente ó depósito, que en invierno casi siempre está medio helada.

Y sin mas ni mas esa agua glacial la echas á las raíces de la deliciosa camelia.

Claro está: es lo mismo que si cuando tienes los piés calientes arrimados al brasero, te echan un vaso de agua fria en ellos.

No me niegues que entonces te enojarias y pondrias el grito en el cielo, ó un poquito mas bajo nada mas.

Pues bien: tu pobrecita camelia no grita porque no sabe, que á saber ó poder, chillaria como niña que acaba de ver el bú. Sin embargo, aun que calla, no deja de sufrir.

Y si no, repara: su savia, que ves en plena actividad, se detiene de repente, no funciona, y

concluye por no dar vida á la planta que sensiblemente va perdiendo uno tras otro los capullos, sin que uno solo haya tenido fuerzas para abrirse.

(Se continuará.)

SECRETOS DE TOCADOR.

Manchas blancas de la piel (Vitiligo, albinismo, leucopatia).—Estas manchas, de forma irregular y de varias dimensiones, dependen, ya de una decoloracion, ya de una destruccion de la capa pigmentosa de la piel. La naturaleza hace desaparecer con frecuencia por sí propia la falta de color; pero, cuando no lo verifica, se aconseja una alimentacion rica en carbono, y fricciones rubefacientes sobre las manchas, para regenerar el pigmento y activar su secrecion. La fórmula siguiente es la mas preferible para esta clase de fricciones:

Tintura de pimienta. . . .	75 gramos.
Alcohol alcanforado. . . .	75 »
Amoniaco líquido. . . .	15 »

Despues de friccionar la mancha con esta tintura, se unta con una pomada sencilla ó con cold-cream.

ANA SEVERIN,

POR

Mme. CRAVEN.

(Dos veces premiada por la Academia francesa.)

TRADUCIDA DE LA 11.^a EDICION.

(Continuacion.)

Tal era, poco más ó menos, el lenguaje que usaba para consigo mismo, mientras sus amigos le pronosticaban que algun dia expiaría todos estos desdenes con alguna insigne locura. Pero pronto cesaron aquellas bromas, dando lugar á otros discursos, serios y graves como la tempestad que amenazaba, y cuyos signos precursores se dejaban ya sentir. El Marqués de Villiers fué uno de los que menos se engañaron en este punto. Sin abrigar por un momento la ilusion de un peligro imaginario y pasajero, comprendió desde luego el alcance de cada indicio; pero lo com-

prendió únicamente para aborrecer y detestar lo que iba á sobrevenir, y para oponerse á ello con todas sus fuerzas, cualquiera que fuese aquel orden sucesivo y todavía desconocido, que debia reemplazar al antiguo. Muchos de sus amigos huían de Francia; y en la disposicion de ánimo en que él se hallaba, natural hubiera parecido que hiciese otro tanto; pero, lejos de esto, su primera resolucion y su único pensamiento fué defenderse hasta el fin, y morir en su puesto.

Entre tanto, su hermano, al que siempre habia amado con ternura, tomó de pronto un partido enteramente contrario al suyo, y se declaró por la revolucion. Entonces, para evitar el dolor de encontrarse frente á frente de tal adversario, dolor que á sus ojos era una deshonra, el Marqués partió. Una vez al otro lado de la frontera, ya no le fué fácil regresar, y su vida vino á ser, por espacio de veinte años, como la de tantas otras víctimas del honor, que, á pesar de las ilusiones, los errores y las faltas que no cesan de reprochárseles, sostuvieron en todos los paises la dignidad del nombre francés y supieron hacer que este nombre fuese querido y venerado de los mismos, entre quienes iba pronto á resonar temible y glorioso.

Sin duda se estrañará que un hombre tal como el que acabamos de describir, llegado á la edad de cuarenta años, y dueño de sí mismo, más que otro alguno, pudiera conmoverse á la vista de una bella cara hasta el punto de recibir una impresion profunda y decisiva. La cosa es en efecto, rara y sorprendente, pero sucede algunas veces; y el Marqués de Villiers fué un desgraciado ejemplo de una de estas excepciones de las reglas ordinarias de la vida razonable.

Apenas vió á Carlota, no le fué ya posible separar de ella sus miradas. Colocado de modo que podia verla sin ser visto, no cesó un instante de contemplarla durante el concierto; y su primera idea, al salir de aquel éxtasis, fué impedir que la luminosa aparicion se desvaneciese para él, dejándole en perpetua oscuridad. Todo el mundo se levantó, y él ya iba á lanzarse á la ventura y á conducirse del modo más estraño, cuando se le escapó una exclamacion de sorpresa y alegría. Acababa de ver á la señora Perceval, que, colocada en la extremidad del banco que ocupaba su hija, hasta entonces habia estado oculta á sus miradas. Hacia cuatro años que no la habia visto; pero al momento la reconoció, y al mismo tiempo adivinó que aquella encantadora

niña no era otra que su jóven parienta, la señora de Nébriant.

¡Verdaderamente parecía que la Providencia le secundaba! En un instante salvó la distancia que los separaba, y aunque no había vuelto á ver á la señora Perceval desde su segundo casamiento, no titubeó en acercarse á ella y darse á conocer, poniendo en este acto de cortesía toda la buena gracia de que era capaz. La señora Perceval, dichosa de volver á ver una cara amiga y asociada á los recuerdos mas queridos de su vida, le recibió con cordialidad, y le presentó á su marido, al cual el Marqués tendió la mano con una solicitud que revelaba su estado interior; despues ofreció su brazo á la señora Perceval, que lo aceptó, mientras el doctor tomaba el de su hija, dejando al jóven rubio el de Carlota.

En el momento de separarse del Marqués, la señora Perceval le dijo:

—Aquí os presento á mi hija.

Y la bella Carlota le dirigió una mirada, tomando sus ojos en aquel momento la expresion mas grave.

—Y he aquí, á mi hija política, dijo la señora Perceval.

El Marqués volvió á saludar, pero esta vez sin mirar. El doctor, su mujer, y sus dos hijas, subieron á un coche: el jóven se sentó en el pescante.

—¿Me permitis que vaya á veros? dijo precipitadamente el Marqués en el momento en que el carruaje iba á partir.

—Sí, sí, no faltaba más; nos encontrareis en casa todas las noches.

Y, en el momento de arrancar el coche, la señora Perceval dió al Marqués su targeta, en la que había las señas de su casa.

El Marqués la tomó con una mano, teniendo el sombrero en la otra, y permaneció así en una actitud bastante estraña, hasta que las miradas de los que pasaban acabaron por advertirle su distraccion. Entonces se metió el sombrero hasta los ojos, y se retiró á su casa, sintiéndose otro hombre diferente del que era dos horas antes.

Al día siguiente, á las ocho de la noche, se hallaba en Singhon, y llamaba á una puertecita, sobre la cual se leían en letras blancas estas palabras: *Elm Cottage*. (*) Al momento fué introducido en un gran salon, que tenia vistas á un

verde prado, en el que había varias personas sentadas debajo de una inmensa catalpa. Avanzó con alguna turbacion; pero la acogida de su prima le tranquilizó, calmando poco á poco la palpitacion de su pecho. Miró á Carlota, y la encontró aun más bella que la velada anterior. Distinguió tambien por primera vez la figura inteligente y amable de Luisa; y por último, á cierta distancia de ella, vió á un jóven sentado cerca de Carlota, pero no era el mismo que había visto en el concierto. Este era alto, pálido y tenia un aire muy serio. Despues de haber saludado el Marqués á su llegada, permaneció con los brazos cruzados, escuchando á Carlota cuando hablaba, y no hablando mas que cuando ella le cedia la palabra.

Nunca se habla ruidosamente al caer el día, y la conversacion, bastante viva al principio, iba languideciendo, cuando un nuevo golpe dado á la puerta hizo estremecer á Carlota. La persona cuya ausencia había notado el Marqués con secreto júbilo, el jóven rubio de la vispera, apareció en el rellano de la escalera y se acercó.

Ruborizóse Carlota, y el otro jóven abandonó al instante el puesto que ocupaba cerca de ella: el recién llegado, despues de saludar á la señora Perceval, se apoderó como por derecho propio de aquel puesto... El Marqués supo entonces á qué atenerse, quedándole solo por saber un nombre, que fué casi al punto pronunciado, y que por cierto no le era desconocido.

—Guillermo de los Aubrys, le dijo la señora Perceval, el hermano del malogrado Rodolfo... ¿Sabeis?

El Marqués, en efecto, lo sabía; pues la muerte trágica del jóven Rodolfo de los Aubrys había sido muy sentida de todos los del partido por el cual sucumbiera.

—Guillermo y Carlota están desposados; y su casamiento debe celebrarse dentro de un mes, continuó la señora Perceval bajando la voz.

Esta velada fué muy penosa para el Marqués; el cual, vuelto á su casa, pensó si haria muy bien en no acercarse mas á Elm Cottage.

Durante su vida, muy triste hasta entonces, había tenido al menos toda la calma de una noble independenciamas ahora sentíase amenazado en su dignidad, por un sentimiento difícil de disimular sin sufrir una violencia odiosa para su carácter, é imposible de demostrar sin exponerse á caer en ridículo, que era lo mas temible de todo á sus ojos. Por espacio de algunas horas

(*) Quinta del Olmo.

estuvo decidido á marcharse de Lóndres; pero pronto el deseo de volver á ver á Carlota y aun el de visitar de nuevo una casa donde al parecer se le guardaba su puesto, le impulsaron á desistir de lo que hubiera sido el partido mas razonable: «Sea como quiera, dijo para sí; prefiero sufrir quedándo á sufrir partiendo.» Por lo demás, una vez resuelto á callarse, no temió dar á conocer la menor debilidad.

En consecuencia, el dia siguiente fué á Elm Cottage, y continuó yendo los demás sucesivos, hasta la víspera de la reunion que antes hemos referido.

(Se continuará.)

MODAS.

Traje de casa y de visita, de faya y cachemira azul con bordados en la misma tela. El delantero

de la falda vá con pliegues á la escocesa, y encima lleva una segunda falda sujeta por una banda anudada por delante. El cuerpo es largo, con punta, y con un plegado de faya puesto al través. Cuello vuelto, grande, con bordados y mangas largas con dobles vueltas.

Traje de paseo, de lana gris plata y raso gris raton. La falda es de lana, y lleva un volante alto con acanalado ancho. El delantero vá cubierto con un paño de raso terminado en punta. Una banda de lana, formando bies, sale de la derecha del talle y se sujeta á la izquierda. Otro paño, tambien de lana, recojido en *pouf*, forma el detrás de la túnica. Chaqueta de lana. Los delanteros van abrochados al centro y cruzados además por dos hileras de botones.

Faldon abierto por debajo del talle sobre chaleco de raso. Por detrás forma paletó, y lleva abierta la costura del centro, al final de la espalda. Solapas de raso. Bolsillo cuadrado de lana con vueltas de raso. Mangas largas con dos bieses de lana y dobles vueltas de raso. Botones de nacar gris en el cuerpo, bolsillos y mangas. Sombrero de paja inglesa, adornado con pekin gris y terciopelo negro.

Los delanteros van abrochados al centro y cruzados además por dos hileras de botones. Faldon abierto por debajo del talle sobre chaleco de raso. Por detrás forma paletó, y lleva abierta la costura del centro, al final de la espalda. Solapas de raso. Bolsillo cuadrado de lana con vueltas de raso. Mangas largas con dos bieses de lana y dobles vueltas de raso. Botones de nacar gris en el cuerpo, bolsillos y mangas. Sombrero de paja inglesa, adornado con pekin gris y terciopelo negro.



Traje de casa y de visita.

Traje de paseo.

EDITOR, SALVADOR MANERO.

SUSCRICION Y VENTA, LEONA, 13. ADMINISTRACION, LAURIA, 82, BARCELONA.

Imp. de Manero.